

CECILIA. — ¡Segurísima! *(Una pausa.)* Como que más bien me parece que voy a ser yo su tutora.

SUSANA. — ¿Cómo ha dicho usted?

CECILIA. — *(Un tanto tímida y confidencialmente.)* Mi querida Susana: yo no quiero tener secretos para usted. Seguramente el periódico de la localidad dará la noticia uno de estos días. Mister Ernesto Gresford y yo somos novios y nos casaremos muy en breve.

SUSANA. — *(Muy cortésmente, levantándose.)* Mi querida Cecilia: aquí debe de haber algún pequeño error. Mister Gresford ha pedido mi mano. La noticia aparecerá en el *Morning Post* del sábado, a más tardar.

CECILIA. — *(Levantándose también, y también con gran cortesía.)* Temo que esté usted equivocada, Susana. Ernesto se me ha declarado hace diez minutos justos. *(Enseña el diario.)*

SUSANA. — *(Examina con atención el diario a través de sus impertinentes.)* No cabe duda que es curioso. Ayer tarde, a las cinco y media en punto, me preguntó a mí si quería ser su mujer. Si quiere usted asegurarse del hecho, puede examinar mi diario. *(Sacándolo de su bolso de mano.)* Siempre viajo con él. Para leer en el tren hacen falta cosas muy emocionantes. Lo siento mucho, querida Cecilia, si es que supone para usted algún disgusto; pero como usted ve, mi derecho es anterior.

CECILIA. — También a mí me apenaría infinito, querida Susana, causarle algún trastorno físico o moral; pero me veo obligada a observar que desde que Ernesto se declaró a usted, pudo muy bien haber cambiado de idea.

SUSANA. — *(Con aire reflexivo.)* Si el pobre se ha dejado coger en la trampa de una promesa, hecha inconsideradamente, mi deber es sacarle de ella, con mano firme.

CECILIA. — *(Pensativa y melancólicamente.)* Sean cuales sean los disparates que el desdichado haya

podido cometer antes, yo nunca se los echaré en cara después de casados.

SUSANA. — ¿Se refiere a mí en eso de disparates, miss Morris? La encuentro a usted muy atrevida. En una ocasión como ésta es más que un deber decir lo que se piensa; es un gusto.

CECILIA. — ¿Quiere usted decir que yo he cogido en una trampa a Ernesto, miss Bracknell? ¿Cómo es posible que se atreva usted?... Sí; no es éste el momento de andarse con miramientos. Yo acostumbro a llamar a las cosas por su nombre.

SUSANA. — *(Sarcásticamente.)* ¿Ah, sí? No cabe duda que pertenecemos a esferas sociales muy distintas. *(Entra ANSELMO, seguido de otro criado, con una bandeja, un mantel y velador. CECILIA está a punto de contestar a SUSANA; pero la presencia de los domésticos ejerce una influencia moderadora, que hace palidecer de rabia a ambas muchachas.)*

ANSELMO. — ¿Se sirve el té como de costumbre, señorita?

CECILIA. — *(Secamente, con voz reposada.)* Sí, como de costumbre. *(ANSELMO empieza a desembarazar la mesa para poner el mantel. Pausa larga. CECILIA y SUSANA se dirigen una a otra miradas iracundas.)*

SUSANA. — ¿Hay muchas excursiones bonitas por estos alrededores, miss Morris?

CECILIA. — ¡Muchísimas! Desde arriba de uno de los montes se pueden ver cinco provincias.

SUSANA. — ¿Cinco provincias? ¡Qué horror! Detesto las multitudes.

CECILIA. — *(Dulcemente.)* Por eso, sin duda, vive usted en Londres. *(SUSANA se muerde los labios y se da unos golpecitos en el pie con la sombrilla.)*

SUSANA. — *(Mirando en torno suyo.)* ¡Qué jardín tan bien cuidado, miss Morris!

CECILIA. — ¿Usted encuentra?...

SUSANA.—No tenía idea de que hubiese flores en el campo.

CECILIA.—¡Oh! Las flores son aquí tan corrientes como la gente en Londres... ¿Quiere usted una taza de té, miss Bracknell?

SUSANA.—(Con una finura exagerada.) ¡Muchas gracias! (Aparte.) ¡Odiosa muchacha! ¡Pero me muero de debilidad!

CECILIA.—(Con mucha dulzura.) ¿Azúcar?

SUSANA.—(Con cierta superioridad.) No, gracias; el azúcar no está ya de moda. (CECILIA le dirige una mirada de ira, coge las pinzas y pone cuatro terrones de azúcar en la taza.)

CECILIA.—(Secamente.) ¿Cake, o pan con mantequilla?

SUSANA.—(Como asombrada de la pregunta.) Pan con mantequilla, si usted gusta. El cake no se ve ya en ninguna casa elegante.

CECILIA.—(Cortando una rebanada de cake y poniéndola en el plato de SUSANA. A ANSELMO.) Pase usted esto a miss Bracknell. (ANSELMO lo hace y se retira, seguido del otro criado. SUSANA prueba el té y hace una mueca. Deja inmediatamente la taza sobre la mesa y extiende la mano en busca del pan con mantequilla; pero se encuentra con que es cake. Levántase toda indignada.)

SUSANA.—Me ha llenado usted la taza de terrones de azúcar y, a pesar de haber pedido, sin que hubiera lugar a dudas, pan con mantequilla, me ha servido usted cake. Todo el mundo conoce mi buen carácter y mi paciencia; pero le advierto, miss Morris, que va usted demasiado lejos.

CECILIA.—(Levantándose.) Por salvar a mi pobre Ernesto, tan confiado y tan inocente, de las maquinaciones de otra muchacha, me siento capaz de ir todo lo lejos que sea preciso.

SUSANA.—Desde el primer momento desconfié de usted. Presentí lo enredadora y lo intrigante que es

usted. ¡Ah, yo nunca me engaño en mis primeras impresiones!

CECILIA.—Me parece, miss Bracknell, que le estoy robando un tiempo precioso. Sin duda tiene usted otras muchas visitas del mismo género que hacer en la vecindad. (Entra GRESFORD.)

SUSANA.—(Al verle.) ¡Ernesto! ¡Mi Ernesto!

GRESFORD.—¡Susana! ¡Amor mío! (Se dispone a besarla.)

SUSANA.—(Dando un paso atrás.) ¡Un momento! ¿Puedo preguntarle a usted si es verdad que tiene relaciones con esta señorita? (Señalando a CECILIA.)

GRESFORD.—(Echándose a reír.) ¿Con Cecilia? ¿Qué he de tener! ¿Quién puede haberle metido a usted esa idea en su preciosa cabecita?

SUSANA.—¡Gracias! Ya puede usted besar. (Ofreciéndole la mejilla.)

CECILIA.—Ya suponía yo que estaba usted equivocada, miss Bracknell. El caballero que en este momento la tiene a usted cogida del talle es mi querido tutor, mister Juan Gresford.

SUSANA.—¿Cómo ha dicho usted?

CECILIA.—Que es el tío Juan.

SUSANA.—(Retrocediendo.) ¡Juan! ¡Oh!

(Entra ARCHIBALDO.)

ARCHIBALDO.—(Yendo derecho hacia CECILIA, sin reparar en los demás.) ¡Amor mío! (Pretende darle un beso.)

CECILIA.—(Dando un paso atrás.) ¡Un momento, Ernesto! ¿Puedo preguntarle a usted si es verdad que tiene relaciones con esta señorita?

ARCHIBALDO.—(Mirando a su alrededor.) ¿Qué señorita? ¡Santo cielo! ¡Susana!

CECILIA.—Sí, sí; a Susana me refiero.

ARCHIBALDO.—(*Echándose a reír.*) ¿Qué he de tener! ¿Quién puede haberle metido a usted esa idea en su preciosa cabecita?

CECILIA.—(*Presentándole la mejilla.*) Ya puede usted besar. (ARCHIBALDO la besa.)

SUSANA.—Ya sabía yo que debía haber algún error. Miss Morris, el caballero que en este momento la besa a usted es mi primo Archibaldo Moncrieff.

CECILIA.—(*Separándose bruscamente de ARCHIBALDO.*) ¡Archibaldo! ¡Oh! (*Ambas muchachas se dirigen una hacia la otra, y cógense del talle como buscando protección.*) ¿Se llama Archibaldo?

ARCHIBALDO.—No puedo negarlo.

CECILIA.—¡Oh!

SUSANA.—Y usted, ¿se llama Juan de verdad?

GRESFORD.—(*Irguiéndose con cierta altivez.*) Yo podría negarlo si quisiera. Yo me siento capaz de negarlo todo. Pero reconozco que me llamo Juan, y que Juan me he llamado durante una porción de años.

CECILIA.—(A SUSANA.) ¡A ambas nos han engañado miserablemente!

SUSANA.—¡Mi pobre Cecilia!

CECILIA.—¡Mi desventurada Susana!

SUSANA.—(*Despacio y con mucha gravedad.*) ¿Me considerará usted como una hermana, verdad? (*Abrázanse ambas. GRESFORD y ARCHIBALDO pasean de arriba abajo, murmurando entre dientes.*)

CECILIA.—(*Como si acabara de ocurrírsele una idea.*) Pero se me ocurre una pregunta, que desearía hacer a mi tutor si éste me lo permite.

SUSANA.—La adivino. ¡Excelente idea! Mister Gresford, le agradeceríamos a usted se sirviera contestar a una pregunta. ¿Dónde está su hermano Ernesto? Ambas hemos dado palabra de casamiento a su hermano; así que nos interesa saber dónde se encuentra actualmente su hermano Ernesto.

GRESFORD.—(*Lentamente y con tono inseguro.*) Susana... Cecilia... Es muy duro verme obligado a decir la verdad. Es la primera vez en mi vida que me he visto en un trance tan penoso y, realmente, me falta práctica. No obstante, les diré a ustedes con toda sinceridad que no tengo ningún hermano Ernesto, que no tengo ningún hermano, y que no tengo la menor intención de tenerlo en lo futuro.

CECILIA.—(*Asombrada.*) ¿Ningún hermano?

GRESFORD.—(*Alegremente.*) Ninguno.

SUSANA.—Veo, Cecilia, que ni usted ni yo hemos dado palabra de casamiento a nadie.

CECILIA.—¿Qué situación tan poco agradable para una muchacha, Susana!

SUSANA.—Vamos adentro. No creo que tengan la audacia de seguirnos.

CECILIA.—¿Qué han de tener! Los hombres son todos unos cobardes, ¿no? (*Entran ambas en la casa con aire desdenoso.*)

GRESFORD.—¿Y esto es, sin duda, lo que tú llamas bunburyzar?

ARCHIBALDO.—Sí, señor. Y bunburyzar por todo lo alto. Como que estoy por decirte que ha sido la más brillante de mis excursiones bunburystas.

GRESFORD.—¡Pero aquí me parece que no tienes el menor derecho a bunburyzar!

ARCHIBALDO.—Eso es un absurdo. Uno tiene derecho a bunburyzar donde le da la gana. Todo verdadero bunburysta lo sabe.

GRESFORD.—Bueno; la única pequeña satisfacción que me queda de todo este lío en que nos has metido es que tu amigo Bunbury ha quebrado. ¡Ya no podrás hacer más escapatorias al campo, hijo mío!

ARCHIBALDO.—Pues me parece que tu hermano tampoco está muy lucido, ¿eh? ¡Ya no podrás marcharte a Londres de bureo con tanta frecuencia!

GRESFORD.—Por lo que respecta a tu conducta con miss Morris, debo decirte que me parece indigno

abusar de ese modo de una muchacha inocente, sencilla y candorosa. Eso, sin contar que es mi pupila.

ARCHIBALDO.—Yo tampoco veo excusa que justifique el que hayas engañado a una muchacha tan inteligente, tan instruida y con tanta experiencia de la vida como miss Bracknell. Eso, sin contar que es mi prima.

GRESFORD.—Yo quería casarme con Susana. ¡La amo!

ARCHIBALDO.—Como yo me quería casar con Cecilia. ¡La adoro!

GRESFORD.—No creo que haya la menor probabilidad de que te cases con miss Morris.

ARCHIBALDO.—Como yo veo sumamente problemático tu casamiento con miss Bracknell.

GRESFORD.—¡Bueno; eso a ti no te importa!

ARCHIBALDO.—Si me importara no hablaría de ello. (*Empieza a comer pastelitos de crema de un plato que hay sobre la mesa.*)

GRESFORD.—No comprendo cómo, después de lo ocurrido, puedes estar ahí, tan satisfecho, comiendo tranquilamente pasteles. ¡Cuando te digo que eres un pedrusco!

ARCHIBALDO.—Hijo mío, los pastelitos de crema no pueden comerse con agitación. Correría el riesgo de mancharme de crema los puños. Los pasteles se deben comer siempre con tranquilidad. Te aseguro que no hay otro modo de comerlos.

GRESFORD.—Quiero decir que se necesita no tener corazón para ponerse a comer pasteles en estas circunstancias.

ARCHIBALDO.—Cuando estoy afligido, lo único que me consuela es comer. Sí; todo el mundo que me conozca íntimamente podrá decirte que cuando tengo algún disgusto grande, me niego a todo, menos a comer y beber. Ahora me he puesto a comer estos pastelillos de crema porque me siento triste.

Además, estos pastelillos están riquísimos. (*Pónese en pie.*)

GRESFORD.—(*Poniéndose también en pie.*) Pero eso no es una razón para que te los comas todos. (*Quitándole a ARCHIBALDO el plato de pastelillos.*)

ARCHIBALDO.—(*Ofreciéndole el plato de cake.*) Aquí tienes tú el cake. A mí no me el cake.

GRESFORD.—¿Pero es que no va uno a poder comer pasteles en su propia casa?

ARCHIBALDO.—¿Pero no decías tú que se necesitaba no tener corazón para ponerse a comer pasteles en estas circunstancias? (*Vuelve a apoderarse del plato de pastelillos.*)

GRESFORD.—Pero ¿cuándo demonios acabarás de irte?

ARCHIBALDO.—No tendrás la pretensión de que me vaya sin comer. Sería absurdo. Yo nunca me voy sin cenar. Ni nadie, como no sea un vegetariano. Además, que a las cinco y media tengo que ir a la parroquia a que me bauticen con el nombre de Ernesto. Ya he hablado con el reverendo Ascot.

GRESFORD.—Hijo mío, cuanto antes desistas de eso. Sepárate, mejor. Esta mañana he quedado con el reverendo Ascot en ir a bautizarme a las cinco, y como es natural, me impondrán el nombre de Ernesto. Susana se empeña! Y ya comprenderás que no nos van a poner a los dos el nombre de Ernesto. Sería absurdo. Sin contar con que yo estoy en mi perfecto derecho al bautizarme. No hay la menor seguridad de que me haya bautizado nunca. Es más: yo casi tengo la certidumbre de lo contrario; y el reverendo Ascot opina como yo. Tu caso es muy distinto. A ti te han bautizado.

ARCHIBALDO.—Sí, pero hace muchos años que no me bautizo.

GRESFORD.—¿Y qué tiene que ver? El caso es que tú ya estás bautizado; y eso es lo esencial.

ARCHIBALDO.—De acuerdo. Por eso sé que mi naturaleza puede soportarlo. Tú, si no estás completamente seguro de haber sido bautizado alguna vez, harías bien en no aventurarte a hacerlo ahora. Sería casi una imprudencia, y podría sentarte mal. No debes olvidar que esta misma semana un pariente tuyo muy cercano ha estado a punto de morir de una pulmonía fulminante en París.

GRESFORD.—Sí; pero tú mismo me dijiste que las pulmonías fulminantes no son hereditarias.

ARCHIBALDO.—No lo eran antes. Pero ahora me atrevo a asegurar que lo son. La ciencia progresa de un modo maravilloso.

GRESFORD.—(*Cogiendo el plato de los pastelillos.*) ¡Otro disparate! ¡No dices más que disparates!

ARCHIBALDO.—¿Otra vez los pastelillos? Ten la bondad de dejarlos en paz. No quedan más que dos. (*Se apodera de ellos.*) Ya te dije que estaban riquísimos y que los pastelillos de crema son mi flaco.

GRESFORD.—¡Sí, pero a mí no me gusta el cake!

ARCHIBALDO.—Pues entonces, ¿por qué demonios permites que sirvan cake a tus invitados? ¡Qué idea tan singular de la hospitalidad!

GRESFORD.—¡Archibaldo! Ya te he dicho que te vayas. No quiero que estés aquí un minuto más. ¿Cuándo acabarás por irte?

ARCHIBALDO.—¡Pero si aún no he acabado de tomar el té! Además, todavía quedan dos pastelillos. (*JUAN se deja caer, gimiendo, en un sillón. ARCHIBALDO continúa comiendo.*)

TELÓN

A C T O T E R C E R O

Gabinete en la casa de campo de Gresford. Susana y Cecilia junto a la ventana, mirando el jardín

SUSANA.—El hecho de no habernos seguido inmediatamente, como hubiese hecho cualquiera, prueba que todavía les queda cierto sentido del pudor.

CECILIA.—Han estado tomando el té. Eso ya parece un síntoma de arrepentimiento.

SUSANA.—(*Después de un momento de silencio.*) Parece como si no se acordasen ya de nosotras. ¿No podría usted toser un poco?

CECILIA.—¡Pero si no estoy acatarrada!

SUSANA.—¡Nos miran! ¡Habrás visto desvergüenza!

CECILIA.—Vienen hacia aquí. ¡Qué atrevimiento!

SUSANA.—Guardemos un silencio lleno de dignidad.

CECILIA.—Naturalmente. Es lo mejor que podemos hacer.

(*Entra GRESFORD, seguido de ARCHIBALDO.—Ambos vienen tarareando un aire de opereta.*)

SUSANA.—Este silencio lleno de dignidad no parece surtir un buen efecto.

CECILIA.—Pésimo.

SUSANA.—Pero no seremos las primeras en hablar.

CECILIA.—Claro que no.